



SEMBRAR ESPERANZA

Una historia que nos enseña que para alcanzar los sueños es preciso trabajar día a día, sin desfallecer.

Hay personas que nacen con la tierra en las manos, como si el mundo les hubiera confiado, desde el inicio, la tarea de hacer florecer lo imposible.

Juan es uno de ellos.

Nació en un pequeño pueblo de algún lugar de este hermoso planeta, eso sí, en un país lejano, donde el viento arrastra más arena que promesas, donde el agua es un tesoro y la sombra un privilegio.

Su padre decía que la tierra allí no servía para flores, que era territorio de resistencia, no de belleza. Pero Juan, desde niño, no estuvo de acuerdo.

Él tenía un sueño que germinaba en su alma.

Había visto, alguna vez, en el mercado de una ciudad lejana, un ramo de flores llevadas desde otro lugar tal vez para adornar una boda o para despedir un difunto. No recordaba ese detalle, ni los colores exactos, pero sí la sensación: algo dentro de él se había detenido... y luego había empezado a latir más fuerte y desde allí no pudo parar.

—Si estas plantas pueden crecer en otro lugar —pensó—, también pueden aprender a crecer aquí.

Nadie le creyó. Recibió rechazos y burlas, pero siguió adelante dándole vida a su sueño.

Empezó con lo que tenía: un pequeño terreno heredado, unas pocas semillas y plantas que consiguió intercambiando trabajo, sus exiguos ahorros y una paciencia que parecía no agotarse nunca.

Cavaba al amanecer, regaba al caer la tarde, protegía cada brote como si fuera un secreto, buscaba en la basura de los restos del jardín pequeñas plantas desechadas y las cuidaba con tanto amor, que volvían a la vida, crecían vigorosas y se llenaban de flores y de pequeños retoños.

Al inicio de su proyecto plantaba los brotes en cajas de huevos, porque no tenía dinero para comprar los recipientes apropiados para plantar, pero ninguna dificultad, ningún obstáculo detenía su férrea voluntad y determinación.

No fue una tarea fácil, no solamente por la falta de dinero, sino porque las primeras siembras no prosperaron tan rápido, crecían a su propio ritmo desafiando la paciencia y perseverancia de Juan que cada amanecer se decía a sí mismo: “Tú puedes, sólo hay que ser paciente”.

El sol era implacable. El viento no perdonaba. El agua a veces era escasa y a veces un torbellino arrasador que destruía todos sus esfuerzos.

La tierra parecía rechazar cualquier intento, pero Juan superaba cada obstáculo. Tenía la mirada en el futuro y la determinación de llegar a lo que ha construido hoy.

Nunca, ni por un momento se rindió. Aprendió a leer el suelo como otros leen libros. Descubrió cómo retener la humedad, cómo proteger las raíces, cómo darle a la tierra algo que nunca había tenido: cuidado constante.

Pasó mucho tiempo.

Donde antes había polvo, empezaron a aparecer pequeños puntos de color. Primero tímidos, casi dudando de su existencia. Luego más firmes, más seguros. Flores que no solo sobrevivían, sino que parecían desafiar al entorno y poco a poco el campo se fue llenando de “madres” y la gente comenzó a detenerse y a observar su trabajo, al principio por curiosidad, luego por asombro.

Juan no solo había logrado cultivar flores. Había cambiado la forma en que su tierra respondía, desafiando el tiempo, las adversidades y la escasez.

Este pequeño rincón del mundo, al cabo de 23 años de arduo trabajo se convirtió en un vivero profundamente vivo y con una belleza casi irreal. Caminos de tierra entre hileras de flores, aromas que se mezclaban con el aire seco, colores que rompían la monotonía del paisaje.

La vida de Juan empezó a ser buena. Juan estaba satisfecho de su obra, su jardín prosperaba y se había enamorado profundamente de una buena mujer que dejó su país para vivir a su lado.

Pero un día la desgracia asomó su rostro.

Su amada esposa enfermó y falleció.

Sumido en el dolor de la pérdida, se refugió por entero en el trabajo de su vivero. Cuidaba cada brote, como si allí, en cada hoja, en cada flor pudiera encontrar un poquito de la esencia de la mujer que amaba.

No pasó mucho tiempo. Un día se fue al pueblo cercano a comprar semillas, abonos y víveres y de camino a su tierra empezó a ver oscuros nubarrones que pronto se convirtieron en un vendaval que arrasó su jardín, sin dejar en pie ni un solo brote.

Pero no se rindió, con renovado esfuerzo, empezó la reconstrucción de su vivero desde las bases.

Otra vez recoger los brotes, como pequeños hijos moribundos de entre los charcos y pantanos. Tomar con cuidado cada uno, limpiarlo y sembrarlo con ternura.

Tuvo que pasar mucho tiempo antes que el jardín fuera nuevamente un lugar hermoso y florecido.

Y muchas penurias económicas y físicas de este hombre para reconstruir.

Hoy es un hermoso lugar, un pedacito de paraíso que florece en medio del desierto.

Yo no he caminado por esos senderos, están a miles de kilómetros, pero les juro, escuchando esta historia, siento que hasta aquí llega el aroma de esas flores exóticas, nacidas de la constancia, la perseverancia y el amor.

Y hasta aquí resuena la historia de un hombre que creyó en su sueño y no obligó a la tierra a cambiar, simplemente aprendió a acompañarla y escucharla como si se tratara de una buena amiga.

Hoy, su vivero es una obra de arte viva, lleno de flores y aromas. Lo puedo ver en las fotografías. Sus flores viajan lejos, llegan a manos que Juan no conoce, engalanan celebraciones y acompañan promesas.

Pero él sigue siendo ese mismo hombre que empezó con casi nada.

Sencillo, risueño, humilde.

Cada mañana, antes que el sol se instale en el cielo, camina entre sus plantas. Las acaricia, las observa y aprende de ellas.

Porque en el fondo, lo sabe:

No fue él quien hizo crecer las flores. Fue la constancia. Fue la paciencia.

Fue la decisión silenciosa de creer, incluso cuando todo parecía decir que no era posible.

Y así, en un lugar donde nadie esperaba belleza, un hombre demostró que hasta la tierra más dura puede florecer... si alguien se queda el tiempo suficiente para cuidarla.

Pero la historia de Juan va más allá de sus flores, porque su labor nunca fue solamente sembrarlas.

Entendió algo que muchos pasan la vida intentando descifrar:

Que cultivar no es imponer, es acompañar (aquí no estoy hablando solamente de flores ni de cultivos, hablo de la vida, de las relaciones entre las personas, de los logros)

Que la tierra no responde a la fuerza, sino a la constancia.

Que no se trata de exigir resultados, sino de permanecer lo suficiente para que la vida haga su parte.

Y en ese permanecer Juan nos deja una enseñanza silenciosa.

Nos enseña que la persistencia no es resistencia ciega.

Es fe paciente, pero también es trabajo.

Es levantarse cada día, con la misma disposición, aunque ayer nada haya florecido.

Es regar, aunque no haya siquiera señal de algún brote.

Es cuidar, aunque todo parezca perdido.

Porque las flores no brotan cuando uno quiere.

Brotan, cuando la naturaleza está lista.

Y la vida es exactamente igual.

Hay momentos en los que somos semilla.

Oscuros.

Enterrados.

Invisibles.

Momentos en los que sentimos que no estamos avanzando, pero sin embargo, por dentro algo se está formando.

Luego vienen los inviernos.

Los vendavales.

Las pérdidas.

Creemos que todo ha sido en vano. Pero no.

Porque nada de lo que se cuida con amor se pierde del todo.
Porque incluso cuando una planta desaparece deja algo en la tierra.
Y esa tierra recuerda.
Juan lo aprendió con sus manos.
Con sus pérdidas.
Con su dolor.
Aprendió que hay ciclos que no dependen de nosotros.
Que hay despedidas que no se pueden evitar.
Pero también aprendió que siempre existe la posibilidad de volver a sembrar.
Y quizá esa sea la semejanza más sutil y más profunda entre las flores y la vida.
Que ambas necesitan tiempo, cuidado y paciencia.
Y alguien que no se vaya.
Porque al final no somos tan distintos de ese jardín.
También necesitamos ser vistos, ser cuidados. Ser sostenidos en silencio.
También atravesamos sequías.
También florecemos a nuestro ritmo.
También nos rompemos y volvemos a empezar.
Y entonces entendemos.
Que la belleza no está en florecer siempre.
Está en no rendirse cuando todo parece seco.
Está en volver a intentarlo.
Está en quedarse lo suficiente.
para ver cómo, incluso en la tierra más dura la vida insiste.
Y florece.

MILADY/ANAQUEL DE SUEÑOS